



La otra cara de La Moneda

MAX COLODRO



“Piñera no ha sido capaz de construir una identidad para una nueva derecha; ha descuidado la dimensión política e histórica que representa su llegada al poder”.



Hace exactamente diez años Ricardo Lagos asumía la Presidencia con un desafío político y a la vez histórico: demostrar que el primer Presidente socialista después de Allende podía gobernar en democracia, hacer una gestión seria y responsable, y concluir su mandato sin La Moneda ardiendo en llamas. Era una tarea pendiente para la izquierda chilena, la confirmación de que el duro y doloroso aprendizaje de la UP y del régimen militar había sido asimilado en profundidad. Pero no sólo era algo importante para la izquierda y el socialismo renovado, sino también para el país en su conjunto, sus instituciones republicanas y el futuro de la democracia. Fue algo que de algún modo todos los actores políticos asumieron y fue, probablemente, una de las razones que llevaron a Pablo Longueira a darle una mano a Lagos en su momento más difícil, al permitir una salida no traumática a la crisis desatada por diversos casos de corrupción. Hoy podemos decir con orgullo que, más allá de las legítimas evaluaciones y críticas que se hagan al sexenio de Lagos, la tarea se cumplió y Chile tiene la certeza de que la izquierda puede gobernar en una democracia consolidada, donde las instituciones efectivamente "funcionan".

Este año el país ha iniciado un nuevo ciclo político que, de alguna manera, supone para todos un desafío similar. La centroderecha ganó democráticamente las elecciones después

de medio siglo y tiene ahora el imperativo de demostrarle al país y a la historia que puede hacerlo democráticamente, sin bayonetas y sin un baño de sangre. Es algo que a algunos les cuesta asumir —sobre todo, a aquellos que se sienten legítimamente opositores—, pero es un desafío de responsabilidad política no menor que, ni aun ellos, pueden eludir. Que el primer gobierno de derecha luego de Pinochet termine siendo una experiencia trágica sería algo negativo no sólo para los que hoy gobiernan, sino para el país y su sanidad democrática. La legitimidad del rol opositor y de la crítica es parte del juego democrático, un valor que hay que cuidar y fomentar, pero no se puede perder de vista que el aprendizaje del gobierno de Piñera nos representa y compromete a todos, partidarios y opositores. La alternancia y la llegada de la derecha al poder era algo que tarde o temprano iba a ocurrir, una experiencia tan necesaria como inevitable, y de la cual Chile y las futuras generaciones merecen el mismo compromiso y responsabilidad que significó para todos el buen término del gobierno de Lagos.

Este diagnóstico es precisamente lo que hoy no se percibe en toda su importancia, ni siquiera por muchos de los partidarios del actual gobierno. Ni el propio Piñera parece tenerlo del todo claro cuando decide poner el elemento diferenciador de su administración sólo o principalmente en los aspectos de gestión. Es cierto: la gente está preocupada de las alzas en el Transantiago, de las listas de espera en los hospitales y del lento avance de la re-

construcción. Esas y otras razones son con seguridad lo que explica la caída de Piñera y su gobierno en las encuestas. Pero Piñera tiene un problema y un desafío mayor: no ha sido capaz de construir un relato y una identidad para una nueva derecha; ha descuidado la dimensión política e histórica que representa su llegada al poder. El Bicentenario y las chaquetas rojas, símbolo de un gobierno en terreno, no bastan. Tratar de emular el carisma y la empatía de Michelle Bachelet tampoco va a servir. Piñera tendrá que construir un *ethos* nuevo, que genere confianza y credibilidad, y eso no es algo fácil ni, menos, algo que pueda agotarse en una buena gestión pública.

Desde esa perspectiva, resulta difícil entender cómo se han desperdiciado oportunidades notables. La decisión de no indultar a violadores de los DD.HH., ni siquiera por razones humanitarias, fue ejemplar, pero, increíblemente, desaprovechada. Las generaciones jóvenes de la centroderecha merecían un Presidente marcando la impronta histórica de su decisión y dejando establecido que, a partir de ella, esas nuevas generaciones podrían mirar a la cara a la izquierda sin ningún sentido de inferioridad moral. Pero no se hizo ni se dijo nada. Ninguna explicación sustantiva de las connotaciones históricas, sino, simplemente, el argumento liviano del análisis caso a caso. La conclusión de ello es clara y en cierto sentido lamentable: el Gobierno y el Presidente no logran aún dar con las claves políticas y socioculturales que representó la alternancia en Chile. Es todavía una tarea pendiente, pero de la cual, aunque él quiera eximirse, la historia y el futuro de Chile no lo harán.